

*Remberto Weakland, o.s.b.
Abad Primado*

El fin de esta conferencia no es tratar de convencer a los oyentes que el pensamiento monástico tiene todavía algo que decirnos, sino, más bien, precisar un concepto monástico enteramente desconocido para los autores contemporáneos y cuya importancia es considerable para nuestra sociedad. Se trata de un concepto tan fundamental para una vida auténticamente benedictina, que al mismo S. Benito le pareció innecesario el destacarlo. Este aspecto fundamental al cual hago alusión podríamos llamarlo: LA SINCERIDAD.

La sociedad monástica se basa en el principio de que todos los actos del monje deben manifestar el estado presente de la intención, o más aún, que entre el acto concreto y la intención no exista jamás un equívoco, ya se trate para el monje de su relación con Dios, de su actitud hacia la creación, de sus relaciones con los otros hermanos, de su confianza hacia los superiores.

Antes de examinar más a fondo este concepto en la comunidad monástica, querría explicar por qué en nuestros días es de una importancia capital. Constatamos en nuestra sociedad actual, por todas partes, una decepción que, entre los más jóvenes estalla en rebelión contra muchas manifestaciones culturales aceptadas por nuestros predecesores como inevitables. Hoy no existe país donde no se haya tomado conciencia de la urgencia de los problemas planteados al mundo universitario y que ocasionan muchas veces manifestaciones violentas de los movimientos estudiantiles.

La juventud de hoy se encuentra en lucha con un grave problema. Tiene la convicción clara no siempre desmentida por los hechos, de vivir en una sociedad carente de auténtica sinceridad, en el sentido en el que hice alusión más arriba.

El movimiento "hippie", en los Estados Unidos, se caracteriza sobre todo por una protesta hacia la sociedad y por consiguiente contra la religión que esa sociedad pretende profesar. Los adeptos a este movimiento invocan a menudo para justificar su actitud la falsedad que encuentran en la sociedad moderna. Y los ejemplos no faltan, tales como el de hombres riquísimos, dispuestos siempre a frecuentar todas las ceremonias religiosas y a la vez llenos de ardor por dar pruebas manifiestas de su racismo y de su enriquecimiento personal al margen de las leyes de la honestidad, pretendiendo aún aparecer como paladines de la misma honestidad.

Muy cultos en su manera de expresarse y presentarse, pretenden erigir su humanitarismo como ideal, pero es fácil darse cuenta que la motivación profunda de su manera de obrar es siempre la búsqueda de una mayor ganancia.

Este tipo de ejemplo podría tomarse también de entre los hombres políticos. El poder con el que fueron investidos por los ciudadanos, sobre la base de garantías que ellos mismos ofrecieron, es ejercido no tanto como un servicio a la sociedad, sino como base de lanzamiento hacia un poder más seguro.

Por eso es que existe una rebelión radical, particularmente entre los jóvenes, frente a tal falsedad.

* De *Lettre de Ligugé* N° 131.

Nosotros debemos mirar de frente el carácter dramático de la situación actual y preguntarnos si en la sociedad monástica concebida por san Benito, el problema ha sido abordado de frente y en qué medida.

En esta perspectiva ¿en qué dimensiones ha colocado san Benito la virtud de la sinceridad? Su Regla y su vida proporcionan abundante material para examinar los cuatro aspectos de esta virtud en la sociedad cristiana, a saber: sinceridad hacia Dios, u oración; sinceridad en el uso de las cosas materiales, o ascetismo; sinceridad hacia los otros hombres, o buen celo de la caridad; sinceridad hacia el Abad, o confianza.

I. Entre Dios y el hombre existe una relación de dependencia, cuyo origen primordial es el diálogo de la creación. Estamos —para usar una expresión típica de nuestro tiempo— en la dimensión vertical del problema de las relaciones infinitamente diversas implicadas por la existencia humana. A Dios que llama, el hombre debe responder, y este llamado es incesante porque sabemos “por la fe, que Dios está presente en todas partes y que los ojos del Señor observan en todo lugar a buenos y malos.” (Regla cap. XIX). Es necesario prestar atención y tornarse disponible porque: “ahora es tiempo de despertarnos del sueño y abriendo los ojos a la luz divina, escuchemos con oídos muy atentos lo que nos repite cada día la voz del Señor que nos advierte: si oyereis hoy su voz no endurezcáis vuestros corazones”.

¿Cómo responderá el hombre continuamente a esta instantánea presencia de Dios? Con la oración sincera que brota de la pureza de corazón, es decir de la intención a fin de obtener un perfecto acuerdo entre la voz y la actitud del espíritu (cf. Regla caps. XIX y XX).

Así es como la sinceridad se inserta en la dimensión fundamental del ser humano: la dimensión religiosa. En este caso la sinceridad consiste en la perfecta coincidencia entre la palabra y la intención, en el acto por el cual el hombre dirige a Dios su propia súplica, consciente de ser escuchado, no por las muchas palabras, sino por la pureza de corazón y compunción de lágrimas, según la expresión de la Regla (cf. cap. XX). San Benito se opone a la abundancia de palabras pues ve en ello una falta de lealtad y sinceridad de parte del hombre siempre tentado de evadirse de su propia realidad a través de sus discursos.

La oración coloca al hombre en contacto directo con Dios, el Señor, el Santo por excelencia, y de esta unión recibe su propia plenificación. Fuera de esta perspectiva, toda santidad es sólo aparente cuando no pura ficción.

Conviene ser antes que parecer (cf. Regla cap. IV).

II. La relación con las realidades materiales arrastra al hombre moderno hasta el extremo de competir directamente con sus propios hermanos. En este contexto, el valor de lo que puede ser enteramente poseído desencadena la fascinación del deseo, propicio para estimular el egoísmo humano arrastrando al hombre hasta lo absurdo del derecho de disponer según su capricho.

¿Qué significado puede tener entonces el ascetismo con su actitud de desprendimiento de los bienes materiales? ¿Cuál es el sentido, el motivo dominante de la pobreza?

El hecho de que en el monasterio sea necesario "extirpar de raíz el vicio de dar y de recibir" (cf. Regla cap. XXXIII), proviene de razones muy profundas.

Los objetos simplemente materiales tienen en sí mismos una intrínseca significación moral: estar al servicio de todos y de cada uno. Por eso, deberán ser inventariados y conservados, y se tendrá por ellos el mismo respeto que se reserva a los "vasos sagrados del altar" (cf. Regla cap. XXXI y XXXII).

Esta actitud tan religiosa hacia los bienes materiales denota ya ese sentido de discreción, típico de la pobreza monástica, que se manifestará sobre todo cuando se trate de establecer la medida del alimento (cf. Regla cap. XXXIX). En tal actitud, fundamentalmente religiosa, las exigencias personales de los miembros de la comunidad encuentran su justa comprensión. Así el uso de los bienes estará asegurado sin alcanzar los límites del exceso.

Traspassando la propiedad personal de los bienes materiales, el monje se encuentra impulsado a la tarea de su purificación interior, de modo que pueda subir, uno a uno, los diversos grados de la humildad, hasta la cumbre donde podrá encontrar el amor perfecto, garantía de la espontaneidad y de la sinceridad de sus actos.

III. El ejercicio ascético en la vida monástica abre al hombre a la dimensión vertical, a la cual hicimos alusión a propósito de la oración y simultáneamente a la otra dimensión, la horizontal, en las relaciones con sus hermanos.

Por eso el "ser santos antes que parecerlo", no debe realizarse solamente en presencia de la santidad de Dios sino también en las relaciones con el prójimo; nadie, en efecto, debe ser engañado por una actitud exterior que no corresponda a una actitud interior. Por lo tanto, el problema de la coincidencia entre palabra y acto externo se ve de nuevo comprometido en el terreno de la apertura por parte de la persona humana hacia las diversas realidades que entran en relación con ella.

Desde este punto de vista, el ascetismo monástico adquiere el valor de un testimonio tributado por el hombre a la verdad, en el esfuerzo que realiza por alcanzar el perfecto equilibrio entre su pensamiento y el medio de que se sirve para comunicarlo a sus hermanos.

Pero, según san Benito, ¿en qué clima interior se establecerá este equilibrio?

La respuesta es sencilla y ya ha sido dada: en el clima del "amor ferventísimo" en el cual "todo monje debe ejercitarse" (cf. Regla cap. LXXII). Y porque este ejercicio reclama cada vez, por parte de la persona que lo realiza, actos concretos bien caracterizados y bien adaptados, los monjes "deben anticiparse unos a otros con señales de honor" (Regla cap. LXXII) como lo enseña san Pablo (cf. Rom 12, 10).

El bien del prójimo se encuentra así colocado en la base de las relaciones interpersonales; su dignidad intrínseca se establece en el horizonte del amor de oblación, concebido sobre todo como un servicio de amor al hermano.

Pero existen edades diversas y a cada una de ellas lo mismo "que a cada inteligencia, debe corresponder un trato apropiado" (Regla cap. XXX), que trasciende el concepto estrecho de una pura justicia distributiva y, penetrando en lo vivo de la persona, viene a insertarse en el gran drama del amor humano establecido en relación directa con el amor a Cristo.

Por consiguiente, "que los más jóvenes honren a los mayores y estos amen a los jóvenes" (Regla LXIII). Todos son invitados a un intercambio recíproco de estima y

de confianza, de manera que la diferencia de edad no sea jamás "un criterio de distinción o de precedencia" (Regla cap. LXIII).

El valor de cada generación, ya sea la de los jóvenes o la de los ancianos, debe ser apreciado por todos según la totalidad de sus caracteres constitutivos y de sus límites espaciales y temporales.

Aun los huéspedes que nunca faltan en el monasterio, y los enfermos presentes en la comunidad monástica, deben también ser reconocidos como valores que integran la comunidad. Si, por lo contrario, algún criterio de discriminación motivara las relaciones interpersonales, ellos podrían ser obstáculos para el desarrollo de la comunidad en la que están o deberían estar integrados.

Para su sociedad monástica, san Benito establece en este sentido algunas líneas directrices muy concretas: "que los hermanos sobrelleven con toda paciencia sus flaquezas físicas y morales; que se presten obediencia mutuamente; que ninguno busque su utilidad personal sino más bien lo que es útil a los demás; que se amen fraternalmente". (Regla cap. LXXII).

IV. El problema de las relaciones interpersonales, entendido como crecimiento y madurez de la persona, no puede separarse del otro problema: el de las relaciones que se dan entre cada uno y la autoridad.

En este terreno tan difícil, uno puede fácilmente ser invadido por un sentimiento de profunda decepción frente a la sociedad actual, o bien estar tentado de afrontar el problema de manera demasiado brutal, para lograr así una fácil solución.

¿Cuál es, en san Benito, el punto de partida para establecer las justas relaciones entre el monje y su superior, el Abad? La confianza recíproca.

Esta respuesta puede parecer una solución demasiado fácil, si se tiene en cuenta la complejidad del problema cuyos aspectos humanos, precisamente porque se trata de personas humanas que deben respectivamente mandar y obedecer, llegan a veces a un grado verdaderamente trágico.

No obstante, si se observan más de cerca los componentes del problema, se puede descubrir que no sólo la autoridad en sí misma se encuentra en crisis sino también el clima de confianza espontáneo, en el cual ella debe obrar y actuar.

Lo que pretende san Benito no es pues insólito en la actualidad. Quiere que el monje tenga hacia su superior una confianza absoluta porque con él debe realizarse la enseñanza de la Escritura: "abre tu alma al Señor porque es bueno, porque su amor es eterno" (cf. Regla cap. VII).

Se trata además de una relación interpersonal: el superior mismo es puesto en cuestión respecto a la veracidad de la obediencia que se le presta.

No debe olvidar jamás que dará cuenta a Dios de toda obediencia requerida y no aceptada por parte de sus súbditos. Una tal falta de obediencia podría haber sido causada por el clima de desconfianza que él mismo provocó: quizás porque no aceptó plenamente sus condiciones humanas, sus límites, o no realizó la sugerencia propuesta de escuchar el consejo de todos "porque a menudo el Señor revela al más joven lo que es mejor" (Regla cap. III).

En esta actitud de san Benito, tan discreta, por ser tan cercana a las exigencias del hombre y de sus realidades intrínsecas, se esbozan las dimensiones de la vocación

del ser humano, a quien le está esencialmente confiado el deber de dar testimonio de la verdad en el amor, mediante la sinceridad total de su vida entretejida de respuestas concretas tanto frente a Dios como a sus hermanos.

De este modo, el diálogo de la creación, en el cual se inserta toda persona, se desarrolla concretamente en las respuestas de amor dadas por cada uno a un llamado personal del amor, don de Dios.

En esta perspectiva la sociedad monástica es esencialmente una sociedad cristiana en el sentido más pleno.

No huye de las realidades terrenas ni las menosprecia, sino que consciente de que su existencia y sus valores son esencialmente don de Dios, de quien procede toda iniciativa de renovación y de santificación, ofrece una respuesta de amor basada en una radical sinceridad de vida.

Esta base garantiza el carácter verdaderamente cristiano de toda expresión concreta de vida, llevando al hombre a ese equilibrio interior que lo hará capaz de testimoniar que ha logrado la victoria sobre el desajuste entre la intención y la palabra.

Esta es una exigencia reconocida hoy en todos los niveles de la sociedad, ya civil, ya eclesiástica, y es a ella a quien la sociedad monástica benedictina quiere ofrecer el ejemplo de una respuesta posible, mostrando que, más allá de toda estructuración concreta ligada a lo que pueden ser las exigencias particulares de un momento histórico determinado, existe una posibilidad de diálogo entre las diversas y distintas generaciones humanas, inscrito en el contexto del diálogo de la creación.

Cada día deviene más apremiante la urgencia, por parte del hombre moderno, de tomar conciencia de su realidad histórica en dimensiones humanas y cristianas, para tornarse cada vez más capaz de recoger los signos de los tiempos y dar una respuesta leal que comprometa su responsabilidad.

*Tradujo: Hna. Ma. Antonia Míguez o.s.b.
Abadía de Sta. Escolástica-Argentina.*